

cia ni con los franceses: que todavía después de la ruptura de sus compromisos, á cuya deslealtad no quisieron asociarse la caballerosa España ni la Inglaterra, cuando el digno representante de esta potencia, daba cuenta á su gobierno de haberse arreglado con el nuestro, le decía en su nota, que en el mismo arreglo estaban las bases de otro con la legacion francesa, cuyas reclamaciones eran *á mere trifle*.

A ménos que se reconozca por un nuevo derecho de las naciones, la doctrina del Sr. Billault, en virtud de la cual dice, que por pronta providencia se le cobrarán á México trece millones de pesos; que después se harán las liquidaciones, y se verá si debe México y lo que debe, y se le volverá lo que le sobre. Es parte de esta doctrina, cobrar también los gastos de una guerra, que no ha sido ni provocada por la una parte, ni declarada por la otra. Como estoy persuadido de que vd. no participa de los principios del Sr. Billault, sino de los de la legislación francesa en sus códigos, y de que se ha de acordar de la palinodia de la otra guerra, en la cual, la Francia fué la que implícitamente vino á declarar que México tenía razon en rehusarse á reconocer todas las reclamaciones que se le hacian, pues que á ella le sobró un tercio de su monto, de que no supo qué hacer, convendrá, digo, en que cuando he asentado que á la Francia no se le debe un peso, he dicho una verdad.

Pues igualmente evidente es, que no se le ha hecho un sólo agravio. El Sr. Billault ha dicho, en el cuerpo legislativo, que hace veinticinco años que la Francia está sufriendo los ultrajes de México. ¿A quién debo yo creer: á vd. y al emperador, ó á M. Billault? Parte de esos veinticinco son los que yo tuve el honor de estar cerca de S. M., y de estar tratando con vd.—El recibimiento que se me hizo, no pudo ser con más muestras de cordialidad y aun de distincion, y si bien por lo que toca á mi persona, no fué efecto mas que de extremada benevolencia, de que conservaré eterno reconocimiento, no habia motivo para que fuese desdenosa ó fria, visto lo que he indicado ántes, y mi conducta, en interpretacion de mis instrucciones, y la estimacion que se hacia en mi país, del nombre de Napoleon.

Durante esos años estuve recibiendo constantes manifestaciones de buena inteligencia, y cuando me despedí, S. M. se dignó hacerme el alto honor de decirme que no me decía *adios* sino *á más ver*, ¿qué fué todo esto, señor? ¿Fué falsía, ó

fué poca curia de parte de vd. ó del emperador, en lo que atañe á los intereses ó á la dignidad de su país ó de su gobierno? Yo les hago más honor que el que les hace, sin pensarlo, el Sr. Billault. No fué disimulo, porque no tenían necesidad de él con un pueblo ménos fuerte. Ni fué negligencia en dejar pasar sin queja los agravios, pues que una sola vez que habia apariencia de un agravio, en lo que el interesado llamaba cateo de la casa de un cónsul y atropello de sus papeles, vd. me hizo inmediatamente la reclamacion, por supuesto en los términos que vd. me trataba, esto es, sin amargura, sin afectar entender que se habia querido ultrajar al gobierno, ni á la nacion francesa, sino inquiriendo de mí las noticias que me habian llegado del caso; y por la explicacion que hice á vd. y los documentos que le enseñé, de que ese cónsul era el agente de una rebelion y el intermediario de la correspondencia, con abuso de su carácter, vd., con su acostumbrada justificacion, no me volvió á hablar más del negocio. Otro y otros muchos ejemplos hubo en sentido contrario. Por una reclamacion mia tuvo vd. también la justificacion de hacer publicar en el *Monitor* oficial una rectificacion, y otra vez con ocasion de la sublevacion de un batallon francés que estaba al servicio y á sueldo de la República, y en la conferencia que tuve con vd. por este motivo, me dijo vd., entre otras palabras dignas todas del gobernante de una gran nacion: "Francés que lleva á otro país armas que su gobierno no le ha dado, no es francés."

Está visto, pues, que la inexactitud de la asercion del Sr. Billault está apoyada en la responsabilidad misma de los diversos gobernantes de la Francia en veinticinco años, y efectivamente, ese discurso es el mejor experimento en que se haya puesto su habilidad, porque naturalmente se resiente del embarazo en que se encuentra un hombre altamente ilustrado, que no está penetrado de la justicia de la causa que quiere defender, ni tiene la instruccion suficiente de los hechos que avanza, y en una palabra, se vé que fué un discurso *par ordre*. Reconociendo en su grande inteligencia y en su táctica de sistema representativo el mal efecto de las declamaciones y de las vaguedades contra México, apeló á precisar un hecho; pero tuvo la desgracia de citar uno que no le tocaba á la Francia con lo que de paso probaba que la Francia no tenia ninguno que alegar; ese hecho fué el atentado de

la calle de Capuchinas. Los fondos que ocupó Miramon no eran de franceses, sino destinados á los tenedores de bonos de Londres. Y anduvo tan desgraciado en su cita el señor ministro Billault, que citó este hecho para prueba de que el gobierno de México, aun cuando llega á pagar, después quita lo que pagó; siendo así que quien lo quitó fué Miramon, y quien habia pagado esa considerable suma, era el gobierno del Sr. Juarez. ¿No es cosa inaudita y sin ejemplo en la historia, en prueba de mi proposicion, que se haga la guerra precisamente, no al que tomó el dinero, sino al que lo pagó? ¿Y hacerle la guerra aliándose precisamente con el que firmó la órden para esa ocupacion? Pero el Sr. Billault para distraer la atencion de estas monstruosidades que saltarian al ánimo de sus oyentes, procuró hacerlos reir con un episodio de este mismo negocio, igualmente presentado bajo una falsa luz, para imbuir en un error igualmente calumnioso. La sentencia á que alude se referia á la responsabilidad de dos ministros de Miramon, no á libertar al gobierno de volver á pagar.

Falto de solidez, de exactitud y demostracion, tuvo que concluir el Sr. Billault su desgraciado discurso con pedir "por amor de Dios!" (*sic*); que se tuviera por justa y por patriótica la guerra que el gobierno de Francia ha llevado á México.

Otro agravio que se ha querido alegar, de parte de la Francia: el pretendido atentado contra la vida de su representante. No solo se ha probado judicialmente, único modo de probar, nos dice el mundo civilizado, que el hecho fué de todo punto falso, sino que la razon y un poco de juicio bastan para hacerlo inverosímil. No habia ruptura todavía con la Francia: en el triunfo del régimen liberal habian fraternizado los franceses con los mexicanos: ellos adornaron las fachadas de sus casas á la entrada del ejército victorioso, y arrojaron flores y aguas de olor á la pasada del popular y bravo general en jefe Gonzalez Ortega: yo mismo soy un testigo de esas simpatías, pues que entre los victores que poblaban el aire en esos dias de regocijo, habia algunos para la Francia, cuando pasaban los jefes de algunos regimientos que conocian á mi mujer, que se hallaba en un balcon. La prueba judicial no puede ser más demostrativa y concluyente, pues que los testigos eran algo más que lo que los juristas llaman mayores de toda excepcion: los más fueron franceses, y por consiguien- te si fueron sospechosos de parcialidad, la

habrian tenido más bien por su paisano y representante, que por los que no lo eran y lo hubieran querido matar; pero el Sr. Saligny sabia lo relevante que es un atentado á la vida, y no queria quedarse atrás de Luis Felipe, de Luis Napoleon, de Isabel II, con tal que la cosa no llegara hasta la del duque de Berri y de Enrique IV. El Sr. Saligny no advirtió que son objeto de esos medios los soberanos, cuya politica perjudica los intereses de una clase ó de un partido, ó perturba la paz ó el bienestar de un pueblo; y eso donde hay sicarios; pero la vida de un individuo que, por más que él se haya dado á odiar, no quita ni pone en el país en que está, no vale la pena de hacerle el honor de un asesinato, ni corria ningun riesgo en México, en donde no se conocen esos medios, pues que el único ejemplo que allí se ha dado de esa civilizacion europea, fué de un extranjero, que dejó su nombre en proverbio. Es historia que provocaria risa sino fuera por la mala intencion que habia en ella, y sino se hubiera tomado por pretexto por un gobierno. Y bien ¿qué hacer con un gobierno que dice que vá á civilizar á un pueblo semi bárbaro y le dá la leccion de no reconocer el principio de las naciones civilizadas, de que la prueba judicial es el medio, y el único moralmente posible, de averiguar un hecho y lo fallado por un tribunal es la verdad? Su inmediato antecesor de vd. dijo que no se contentaba con el proceso que se le remitió y la sentencia que recayó sobre él, sino que necesitaba más amplia averiguacion. No se atrevió á provocarla, porque temió que le saliese contra *producentem*, y sin embargo no temió en este estado del negocio, y cuando él mismo confesaba que su religion no estaba suficientemente satisfecha de la verdad del hecho, enunciarlo como bastante para la guerra que ya estaba haciendo. Este descuido, fatal para la justificacion de un ministro, fué hábilmente, si bien con notable moderacion, relevado por el último ministro de México en Paris, en su nota de despedida. ¿Y qué se ha contestado á esta nota? Nada; porque lo que no tiene contestacion no se contesta.

Así está visto que en este negocio, como en la totalidad de la cuestion y en cada uno de sus detalles, la victoria está adquirida perentoriamente, por la parte de México, en el terreno de la razon.

La última prueba de ello se toma también de la Francia, la proclama del nuevo general que su gobierno manda *á reparar el honor militar*. Esta frase es en efecto

el solo objeto de la nueva y más poderosa expedición. Es imposible que vd. no haya notado, como ha notado todo el mundo, que en tan importante documento, que debiera ser la demostración y justificación del empleo que se vá á hacer de la última razón de los reyes, no haya una sola palabra, una sola, señor ministro, que se refiera á un crédito indebidamente desconocido, ni á un agravio. Ha andado tan desgraciado el general en su proclama, como todos los que han hablado ántes de los pecados de México: lo único que dice es, que los hombres á quienes vá á hacer la guerra, han vendido á pedazos el territorio nacional. Y ni esto es verdad, ni aún cuando lo fuera le importa á la Francia, condenando con la más inconcebible inadvertencia á la misma Francia, y ofendiéndola á otras naciones con las que se está en paz y aliándose, para hacerlo, precisamente y para su desgracia, con aquellos á que les vendría este cargo, si lo fuera, y si él tuviera el derecho de hacerlo.

¿Cuándo, qué parte del territorio, á quienes y por cuánto, ha sido vendida después del año de 55, y en cinco que lleva de existir el gobierno constitucional, alguna porción de la República? ¿No tendría el señor general la bondad de decirlo? Aun cuando así fuera, no sabemos que en la Constitución del país, ni en la de Francia, ni en el derecho divino, esté instituida al que no envió la tutela de la integridad de nuestro territorio. Si es una oficiosa amistad, habría estado mejor y más oportunamente empleado ese celo por cuidados ajenos, cuando se nos hizo otra guerra igualmente injusta, y solo por la codicia de esos territorios; si hubiera venido la Francia en auxilio de México, con sus fuerzas ó con su dinero, á impedir que los arrebataran, ó si viniera ahora á ayudarnos á recobrarlos. Tampoco hemos visto en Grocio ni en Puffendorf, que esto sea un *casus belli*. Hemos de estar en que, ni el gabinete, ni en los cuerpos legislativos, cuando me ha tocado citar en épocas de estas cuestiones, ha concurrido sin voto para estos arreglos; pero si yo he hecho cuanto he podido para impedirlos y siempre los he altamente reprobado, no reconozco en Francia, ni en nadie que no sea mexicano, el derecho, no solo de echárnoslo en cara, pero ni de calificarlo.

En ese reproche va envuelto otro al pueblo, que lo adquirió, porque no se puede dar venta sin comprador. Un día vendrá en que se rechace ese cargo por el pueblo á quien le toca; pero eso es asunto suyo.

Lo que en general me toca á mí observar, es que si cesiones y adquisiciones de territorio son un crimen que pone las armas en mano al gobierno francés, ¿por qué no se echa por ahí castigando uno tras otro á todos los pueblos de la tierra? porque no hay uno que no sea reo del mismo delito. Y como el buen juez por su casa empieza, ¿por qué no va castigando á la Francia y castigándose á sí mismo? ¿Qué hizo la Francia con el Canadá, con Santo Domingo y tantos otros? ¿No vendió el tío Napoleón I. la Luisiana á los Estados Unidos? y ¿para qué? para hacer una guerra, nos dice el Sr. Thiers. ¿Qué ha hecho el sobrino Napoleón III? ¿No se ha anexado ahora á Niza y la Saboya? Si el Piemonte ha hecho mal en ceder esos territorios, no puede haber hecho bien la Francia en adquirirlos. ¿Quién más que la Francia ha perdido territorios? Lo cierto es, que el mundo conocido no está dividido mas que en dos idiomas: el inglés y el español; ya el francés no se habla nacionalmente mas que en Francia. En todas las demas partes no es mas que un adorno de educación, aun en el bárbaro México, ó una necesidad por cuanto en ese idioma están compuestas ó traducidas casi todas las obras de historia, de ciencia y de literatura, y tambien son vulgares en México.

No habiendo alegado deudas ni agravios, el general francés para llevar la guerra á otro país, ¿qué le queda mas que caer en las mas deplorables contradicciones? ya que no me sea permitido darles otro nombre, por tratarse de un asunto tan serio y por no herir personalmente á un soldado leal, que no conoce mas que su consigna, y á quien se ha comprometido. Dice que la Francia no se mezcla nunca en las disensiones intestinas de las naciones extranjeras; no mas va á hacer la guerra á un puñado de hombres, que se sostienen por el terror. Así habia dicho en su proclama á sus soldados, que no era verdad habian sido derrotados en Puebla; no mas que la victoria les habia sido infiel en esa vez. La cosa está dicha en una bella frase retórica; pero para el lector, aunque no haya sido el *embustero* y el *presuntuoso*, y mucho mas para los que quedaron muertos ó prisioneros, y para los que se volvieron por donde habian ido, la significación es la misma.

Si ha habido abusos, que han hecho odiosa una bella causa, y no seré yo el que los niegue, ni trate de disculparlos, yo que ódio el despotismo bajo cualquiera forma,

y mucho más el que se ejerce en nombre de la libertad; yo, que los he denunciado en documentos públicos oficiales al gobierno mismo, digo lo que de las ventas de territorio: ese es asunto nuestro, y en la respuesta de la Francia á igual oficiosidad de México, apoyo el derecho de mi país, para que ni ella ni ninguna otra potencia intervenga en sus disensiones intestinas. ¿Qué diría la Francia si fuerzas de México aparecieran en sus costas anunciándole que no mas iban á libertarla de la opresión á proteger á sus hijos perseguidos, á hacer que volvieran á su patria los que después de once años comen el pan del destierro en la Guyana y en el Jersey, y son objeto del interés y de las manifestaciones de simpatías y de aplausos á su mérito y á su constancia, en convites y en ovaciones en Londres y en Bruselas? ¿No es verdad que no se dignarian de contarme sino con la risa de la suposición de ver á México invadiendo á la Francia? Luego toda la razón que hay para que sea bueno en una lo que es malo en la otra, es que la una lo puede hacer y la otra no; pero esta razón es tan fuerte, que á mí se me llevará á mal y será un escándalo inaudito, que me atreva á decir que en Francia no hay libertad, y que hay oprimidos y desterrados sin forma de proceso, aunque yo no haga mas que repetir lo que no he sabido sino por la prensa europea, excepto la francesa, y por los gemidos de las víctimas. Si yo me engaño en lo que veo y en lo que oigo, no tengo necesidad de preguntarlo á los que viven en México, cuya correspondencia no dejan los franceses salir libremente de la República, sino solo á los que conozcan, práctica ó teóricamente, las diversas formas de organización política; ¿en dónde será mas posible y mas creíble el régimen de la opresión? En un sistema militar ramificado concatenado, cubriendo toda la superficie de un país, y dependiendo de la voluntad de un solo hombre, á quien no pueden llegar las quejas del que tiene una mordaza, aun para servirse del órgano de la tribuna ó de la imprenta, y que no puede ver todo lo que se hace en su nombre por mejor intencionado que sea; ó en un país en que el mal es precisamente la exageración de lo contrario, porque el gobierno nacional es de ruego y encargo con gobernadores que él no ha nombrado y á quienes no puede quitar; en donde la imprenta, la tribuna, las urnas electorales, las reuniones populares, todos los órganos de la opinión pública están abiertos á todo el mundo?

Lo de los nueve décimos oprimidos por una minoría es un absurdo. En cuanto á la opinión sobre la intervención extranjera, es tan al contrario de lo que se ha dicho, que si hubiera caso, la opresión sería al revés; es decir, si el gobierno no estuviera animado del mismo espíritu y en el mismo grado que todos los ciudadanos de toda la República, para repelerla hasta la última extremidad, si no anduviera tan aprisa y á la cabeza de la columna, él sería el atropellado, y ya habria sido derrocado cien veces.

Hay que distinguir tambien entre la opinión sobre la reforma, la opinión sobre forma de gobierno y opinión sobre intervención. Como la reforma no se hizo gradual, ni con la política de no herir creencias ni intereses, como el profundo político Iturbide hizo la independencia, sino que tuvo que ser violenta, por la guerra civil que provocaron las clases privilegiadas, la opinión acerca de ella es la mas dividida. Estas cosas no se hacen sin sacudimientos ni en un día. Todavía hoy hay diversas opiniones en Francia, después de haber pasado dos generaciones. Hoy todavía vemos las cuestiones que se suscitan, porque el gobierno francés suprime á los redentoristas, y vemos las pastorales de sus obispos, y las cartas que le escriben al emperador, y la paz del mundo pendiente de la resolución de cuál ha de ser la capital de Italia, y de la cuestión de la potestad temporal. Todavía hay diversidad de opiniones en Inglaterra, y á punto de que se miran unos á otros con horror, después de cerca de dos siglos. Yo he oído decir en Londres, cuando la guerra de la India, que era un castigo de Dios por el cisma, y se ha hablado en estos dias de intenciones de la reina de abdicar por querer hacerse católica. No sé el fundamento que tenga esta especie, pero aun cuando no tenga ninguno, basta para mi intento el solo hecho de haberse hablado de ella. En México no ha habido en esta parte un cambio radical, como en los tiempos de Cromwel y de Enrique VIII; la nación ha quedado católica, como lo era, y lo que ha hecho la reforma es, quitar fueros y monopolios, y la barrera que oponian ántes las leyes á la libertad religiosa, es decir, que México no quiere enmendarse la plana á Dios, que tolera en el mundo de su creación, que cada cual le tribute el culto y la reverencia de su fé ó de los alcances de su gracia. Pero como esto solo importa grandísima novedad en lo que se vió al nacer, es natural que se cuente un mayor

número que lo repugne: las clases privilegiadas que lo explotaban, por supuesto, y la mayor parte con opiniones razonadas á su modo, y con una limpieza respetable de corazón, son enemigas de la reforma, si bien no han dejado de ser católicos y muy buenos cristianos, allí como en Francia, los que están por ella.

Con igual buena fé hay quienes opinen que México estaria mejor gobernado y entraria más pronto al camino de su prosperidad, bajo una forma monárquica. No hablo de aquellos, que no habiendo nacido en México, no pueden sentir el orgullo de no ser súbditos, ni patrimonio de ninguna familia ni persona, ó que aun cuando hayan nacido allí, son partidarios de un gobierno fuerte, porque cuentan con ser de los que ejerzan la fuerza á su sombra, y no de aquellos sobre quienes se ejerza, ó que gustan de figurar en la comedia humana, cuando por mérito personal no han podido distinguirse en un sistema popular; hablo de los que miran solo los primeros años de la vida de una nacion, que heredó de sus antiguos dominadores vicios sociales y gérmenes de disension: que creen que las turbaciones serán endémicas en el sistema republicano; que, sin examen de la historia de las demas naciones, precisamente, y sobre todo, de las que pretenden enseñarnos, se dejan seducir de la metáfora, de que México dió un salto prematuro desde el último grado de esclavitud hasta el máximun del régimen más libre.

Entienden y dicen que para prepararlo para la libertad, el mejor remedio es volverlo á oprimir, é introducirle de nuevo los mismos vicios y los mismos inconvenientes. Hay quienes piensen así con el más puro patriotismo porque quisieran que su patria entrara de una vez en el camino de su prosperidad, y que la condujera al cúlmen de una gran potencia en el mundo, que en efecto está destinada á serlo. No es del caso entrar al examen de sus fundamentos, ni de si este modo de discurrir es una ilusión y un círculo vicioso, porque lo que estamos haciendo es el cálculo de la importancia numérica de lo que se llama division entre los mexicanos. Decimos, pues, que en efecto hay monarquistas: estos no son tan numerosos como los opuestos á la reforma. Partidarios de la intervencion, no hay más que ver lo que ha sucedido en cerca ya de un año que ella apareció en el territorio de la República, y que se internó hasta Puebla, y que derrotada allí tuvo que retroceder, y se ha pasado este tiempo fortificándose y es-

perando que de fuera la vengan á reforzar, para hacer el cálculo de su popularidad. Los que la mandaron y el ministro que la pidió, dicen en su obstinacion, que sus simpatizadores no se han atrevido á ir hasta allá, y que es necesario que llegue á la capital. Si llegara hasta sus puertas, y esto no lo haria sino dejándola sus simpatizadores tener que librar ó que sostener cien batallas en el camino, le sucederia lo mismo que en Puebla, que sus moradores le repitieran las cartas históricas de O'Horan y de Negrete, que son un monumento eterno de vergüenza para los pocos mexicanos desgraciados que la acompañaban.

Suponiéndola más afortunada que en Puebla, no hallaria allí los nueve décimos oprimidos, y tendria que ir mas adelante. ¿No le parece á vd. un espectáculo digno del cálculo de las probabilidades, ó, mas bien dicho, de la pluma de Courier ó de la de Molière, una intervencion amistosa que se pone en camino desde Francia, porque su ministro le dijo al gobierno que en el cabo del mundo habia unos nueve décimos de la poblacion oprimidos por una minoria insignificante, y que, batida por esa minoria se echa á buscar por todos los ángulos de la República esos oprimidos, tan tímidos, que no se han atrevido ni á pedirle, y que siendo nueve millones, necesitan que los vengan á animar treinta ó cuarenta mil franceses, para no dejarse degollar en el reinado del terror, por un puñado de hombres? Pues bien, señor, la experiencia está hecha: esto que parece paradoja se ha tentado ya, y el resultado que ha dado habria sido suficiente para demostrar la ninguna popularidad de la intervencion, si no hubiera una idea fija, un designio *arreté et quand même*. Ya se ha visto que quien ha querido triunfar por el reinado del terror, por medio de la violencia y de la opresion, y violando sin escrúpulo ni conciencia el derecho de gentes es la intervencion. Ella se internó, por una felonía, á Córdoba, á Orizaba, á Tehuacan y hasta las puertas de Puebla: no encontró ni un solo individuo de los nueve millones, ó de esos nueve décimos; en todas partes, pero principalmente en el último lugar y en Tlacotalpan fué recibida á cañonazos, y se retiró mas corrida y mas confusa por el desaire, que por la veleidat de la infiel victoria, ya que el Sr. Forey no quiere que la llamemos derrotada. En Córdoba hizo un pronunciamiento, siendo su mision venir á cortar la carrera de los pronunciamientos, y en su

correspondiente plan, que es de rigor en todos ellos, tuvo que hacer figurar firmas de muertos, y sufrir la vergüenza de que las de los vivos fueran desmentidas por sus dueños! Para corresponder á sus partidarios, que dice son nueve décimos, que la esperaban con los brazos abiertos, ha ido á metrallar la isla del Carmen y á bombardear la plaza de Campeche. En el puerto de Mazatlán honró á la Francia con otro hecho digno de las naciones civilizadas: desartilló un buque mexicano, que no podía defenderse, y despues de quitarle cuanto tenia, lo echó á pique. La intervencion, para ir á restablecer el orden y la moralidad, ha ido á ofrecer premios á la rebelion, á la traicion y á la inmoralidad: su representante titular y promovedor, halagaba con el baston de mariscal y el título de duque, y con qué sé yo cuántas cosas, al general en jefe de nuestro ejército de Oriente porque se *pronunciara* contra su gobierno, y dijo y expresó, que todo esto lo ofrecia en su calidad de ministro y en nombre del emperador; pero anduvo torpe la intervencion, porque precisamente fué á tocar á la puerta de un digno mexicano. Corrido de ella, y con vergüenza de sus propios paisanos, fué á calumniar á este mexicano y á denostar ante la nacion entera ante el extranjero, buscándose el apoyo de las autoridades españolas. Esto provocó la carta que le dirigió y publicó el general Uruga, y que yo mandé inclusa en la mia anterior.

¿Será preciso, Sr. D. Eduardo, molestar á vd. con la enojosa relacion de los hechos repugnantes con que se ha manchado la intervencion francesa, por tentar su popularidad en México? No, porque seria inacabable y mortificante para vd., que estoy seguro lo siente en su corazón. No más le diré, que el sello de esta demostracion no lo puede vd., ni ningun hombre nacido frances desconocer; tal es la conducta del nuevo general y plenipotenciario, que no es mas que una sucesion de palinodias, en cumplimiento de las instrucciones de su gobierno: su desconocimiento de luego á luego de la autoridad, que habia puesto en Veracruz el que se titulaba *jefe supremo de la Nacion*, con todo y que era su paisano (de Forey): el restablecimiento de los mexicanos en que estaba dividida esa autoridad: la degradacion ó subordinacion del Sr. Saligny á una embajada, que tambien tiene su plenipotenciario en jefe: el destronamiento, por un decreto, del jefe supremo que habia creado la intervencion, diciendo ¡ella! ¡ella! que lo habia creado,

que esa autoridad no se la habia dado sino él mismo, cosa que ya se la habia dicho el ministro inglés desde México, es decir, que ningun pueblo ni ninguna autoridad mexicana lo habia hecho tal jefe supremo, y añadiendo, lo que era verdad, que ni siquiera se tenia noticia de su existencia en el interior de la República; los términos en que ha hablado el general Forey de los mexicanos que se habian aliado con ellos, y por los que se infiere los con que serán tratados y el papel que allí harán, digno y merecido premio de la traicion. Otros actos en detall, han acompañado á estos principales, y estas retiradas en el terreno de la politica, importan más ante el mundo, para condenacion del gobierno imperial, que las de sus tropas desde las puertas de Puebla hasta las cumbres de Orizaba y dentro de los parapetos del Chiquihuite. ¿Quién sabe si una de esas palinodias habrá sido la salida del ministerio del Sr. Thouvenel, el autor de las célebres instrucciones al almirante Lagravière? En mis ensueños me ha ocurrido que la más importante era la vuelta de vd. Si ha sido un ensueño, no habrá provenido más que del habitual interés que tengo por su gloria y motivado por sus ideas cuando la cuestion de Oriente en Viena.

El Sr. Forey ha dicho que el presidente Juárez es una calamidad. Efectivamente así lo ha oido á los mexicanos que están con él; así lo dicen tambien algunos de los mismos liberales, por diversos principios; unos, demagogos, porque no ha ido más aprisa, guillotinando clases enteras, como en tiempo de Robespierre, y expulsando los franceses en masa; otros, porque dejó desnacionalizarse la nacionalizacion de los bienes llamados del clero, dejándolos monopolizar por franceses. Yo no emprenderé un tratado sobre los derechos del Sr. Juárez, ni un panegírico de sus cualidades personales, porque eso seria reconer el derecho en el extranjero, de entrar en este terreno, más por otra parte, mi informe es imparcial porque no he sido antes honrado con su amistad, ni he tenido más relacion que haber sido compañero suyo en algunos cuerpos legislativos, y como estoy fuera de la República, no ha lugar tampoco á decir que soy de los nueve décimos oprimidos. Pero para México en sus relaciones exteriores, el Sr. Juárez es un principio, y yo en calidad de mexicano, lo defiende como defenderia el nombre Zuloaga, el nombre Comonfort, el nombre Gonzalez Ortega, el nombre Doblado, el más reaccionario y el más demagogo, y